

Pablo Castellano

POR DIOS, POR LA PATRIA Y EL REY

UNA VISIÓN CRÍTICA DE LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA

temas de hoy.

INTROITO 9

PRIMERA PARTE
ANTECEDENTES

CAP. UNO. EL CETRO 21
CAP. DOS. EL SABLE 51
CAP. TRES. EL BÁCULO 75
CAP. CUATRO. LA CORTE Y LA VILLA 93

SEGUNDA PARTE
PRECEDENTES

CAP. CINCO. EL REGENTE Y EL VALIDO 117
CAP. SEIS. EL SUCESOR 131
CAP. SIETE. EL PRETENDIENTE Y LOS ASPIRANTES 143
CAP. OCHO. LOS CLANES 155

TERCERA PARTE
INCIDENTES

CAP. NUEVE. SÁBADO DE GLORIA	177
CAP. DIEZ. CONGRESO DE PASIÓN	191
CAP. ONCE. TARDE DE CARNAVAL	205
CAP. DOCE. SOCIOS DEL IMPERIO	225

CUARTA PARTE
REINCIDENTES

CAP. TRECE. OLIGARQUÍA Y CACIQUISMO	239
CAP. CATORCE. LA INMACULADA CONSTITUCIÓN	259
CAP. QUINCE. TEORÍA Y PRÁCTICA	281
CAP. DIECISÉIS. RAPTADOS POR EUROPA	309
ÍNDICE ONOMÁSTICO	323

La mayor parte de los comentaristas políticos, propicios a no perder ocasión de crítica y despiece de todo lo divino y humano, en trance que se prestaba a poner de manifiesto alguna actitud disconforme, mínimamente crítica o al menos reticente, se ha alineado en el frente laudatorio, glorificador y ensalzador de la que se ha dado en llamar la Modélica Transición Española.

«La más alta ocasión que vieron los siglos.» Son escasas las intervenciones asépticas, relativizadoras, desarrolladas en las jornadas, simposios, reportajes, tesis doctorales, memorias, en las reuniones y documentos destinados al lucimiento de los transitólogos orgánicos. Abundantísimas las apasionadas que se entregan con entusiasmo al festín. Se ha creado una escuela de especialistas en el periodo. «Diplomado en transiciones a la española», deberían hacer figurar algunos en el listado de sus más que merecidos títulos. La transición, en la práctica, ha dado a algunos sus buenos dividendos económicos y políticos. Su teoría está también siendo rentable, como un modelo a exportar y cobrando altos *royalties* sus especialistas. Se oferta además del libreto, el técnico.

Son muchos, casi legión, los legitimadores, jurídicos, políticos, históricos y hasta psicoanalíticos del deslumbran-

te paso de la democracia orgánica a la democracia partidocrática, de la mano y guión de los que, en su día, fueron jefes franquistas, llevado a cabo con el sereno y responsable acompañamiento, con el indispensable apoyo de los autoerigidos en centinelas democráticos.

Los reformistas legalizaron a los perseguidos, les abrieron sus brazos, y éstos legitimaron su proyecto, y a ellos mismos. Y se pronunció la palabra «reconciliación» para englobar esta clase de recíprocas atenciones; para adornar actitudes que reflejaban desde la impotencia al oportunismo, desde la claudicación hasta la complicidad.

La manipulada interpretación histórica que cada momento ha ido exigiendo, la impune corrupción política, el amaño institucional y la despreocupación ética con que algunos han acompañado el proceso no se tocan ni de pasada. Han de ser prudentemente silenciados. Cuando se resalta su inevitabilidad, su conveniencia, el realismo que lo ha presidido, y lo aceptable de su resultado, se elude toda mención a las condiciones, limitaciones y opciones que se establecieron previamente para encuadrarlo en una dirección bien concreta para la conservación de importantes aspectos del posfranquismo, haciendo creer con la habilidosa utilización del eslogan de la «reforma pactada» que todo fue, sin prejuicios ni presupuestos, fruto del buen sentido y del pragmático consenso. Nada puede ensombrecer la epopeya y quien se atreva a su disección, con algún resultado empañante del episodio, es de inmediato colocado en el nostálgico búnker del franquismo, en la locura criminal de ETA, o en la paranoia de los soñadores y agitadores de la revolución colectivista. Los nostálgicos de la revolución pendiente, los psicópatas de la revolución armada y los puristas de la revolución traicionada van a parar al mismo saco.

Estas disconformidades son puestas en contraste con la Modélica Transición, y sirven para que destaque más su fulgor y su blancura deslumbradora. La Modélica Transición

Española algo ha tenido de detergente para ciertas suciedades no perceptibles a primera vista.

En la presentación gloriosa de la Modélica Transición se plasma, en algunos que no movieron un dedo en contra de lo que la precedió, la satisfacción por cómo se ha salido airoso de la dictadura, ya que con una transición así de perfecta, todo debe quedar olvidado. Se ha compensado la complicidad y la iniquidad, y al final todos tan contentos. La Transición Modélica sirve a otros para no tener que andar avergonzándose de cómo acabó su periodo, cómodamente, el dictador; de la falta de reparación de tanto dolor injusto, de tanta represión. También se aferran a eso de «lo pasado, pasado». Nunca es tarde si la dicha es buena.

Es también la única forma de compensar y compensarnos, piensan otros, de tan triste balance como opositores. En la transición y con la transición podemos atribuirnos, muerto el tirano, un triunfo total sobre su obra que, aunque sea tardíamente, nos haga aparecer como vencedores. A buenas horas. Pero no es verdad.

Nos guste o no nos guste el actual panorama, a Franco le sucedió el previsto posfranquismo de la restauración monárquica, y éste se ha desarrollado, en esencia, con arreglo a la táctica y estrategia de los proyectistas franquistas y de los realizadores posfranquistas. A su conveniencia. No en la dirección que otros deseábamos; no sólo con mayor profundidad democrática, sino también con mayor extensión reformadora. Se ha producido un cambio político-jurídico importante, y también algún cambio socioeconómico, pero menos y, como siempre, orientado en el mismo sentido. Los trabajadores y las capas populares han de sentirse satisfechos: son explotados, pero ya no son encarcelados. Para su mayor satisfacción, ellos han contribuido a la estabilidad como nadie.

A esto puede obedecer el que en la izquierda estemos obligados a decir por ahí y a decirnos, no en voz queda

sino con tono altisonante y grandilocuente, que al final vino de nuestra mano la democracia. Nosotros trajimos la Constitución. Hemos instaurado una monarquía muy distinta de la que instauraba-restauraba el dictador, y esta Transición Modélica es una conquista épica del pueblo. El que no se consuela es porque no quiere.

Detrás de esta actitud, poco rigurosa, nada reconocedora del indudable triunfo de los reformistas posfranquistas, late un inocultable fraude y una grave falta de caballerosidad. La que debía llevarnos a decir a la derecha franquista, posfranquista, neodemócrata, y hoy monárquico-liberal: «Señores, enhorabuena. *Chapeau*, por lo que, sin mezquindades, ha sido para sus intereses, política, ideológica, económica, social, y lucrativamente, todo un éxito.»

Otra vez más han ganado. Otra vez más hemos perdido.

También es cierto, porque la época otra cosa ya no consentiría, que su triunfo ha tenido que venir acompañado de la recuperación de las esenciales libertades democráticas, con sus altibajos y titubeos. Y con algunas interpretaciones más que restrictivas.

Éste al menos debería ser un buen comienzo, para ir avanzando hacia la democracia más plena, para no conformarse con la simple salida de la dictadura. Mas generalmente no lo hacemos así y nos quedamos traspuestos y ensimismados en el embeleso retórico constitucional. Hoy por hoy en la Modélica Transición Española todo es entusiasmo, panegírico, hagiografía, ensalzamiento y goce. ¡Aleluya! La perfección se hizo historia y habitó entre nosotros. Aquí siempre estamos marcando algún hito histórico. Y la transición desde la dictadura franquista a la restaurada monarquía constitucional es, por la literatura jurídico-política que ha desencadenado, el paradigma de la épica.

Sería más lógico —cree el autor de esta modesta aproximación— convenir en que, quizás, no se pudo hacer la transformación de otra manera; que en una parte ha salido bien, o no ha salido tan mal, dadas las llamadas condicio-